

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 6-9): *Mis planes no son vuestros planes.*

Salmo (144, 2-3.8-9.17-18): *«Cerca está el Señor de los que lo invocan»*

2ª lectura (Filipenses 1, 20c-24.27a): *Estad con Cristo es lo mejor.*

Evangelio (Mateo 20, 1-16): *Id también vosotros a mi viña.*

Una de las cosas que el papa Francisco ha conseguido desde el primer instante de su pontificado es descolocar a muchos sacándonos de nuestros esquemas y seguridades. Porque claro, instalados en nuestras leyes, en nuestras apariencias, en nuestro cristianismo fácil sin excesivo compromiso y que venga un Papa a decirnos cosas como: «La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie. Es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas ocasiones, sin demoras, sin ascos y sin miedo».

La acción evangelizadora no puede limitarse a nuestros templos, nuestro grupo y nuestras comunidades; tenemos que salir a buscar obreros para la viña del Señor aunque sea a última hora. El problema radica en que pensamos que somos trabajadores de la primera hora, de los que han estado toda la jornada, nos creemos llenos de derechos ante Dios y le pretendemos exigir que no puede darnos una retribución igual que a todos.

Con esto no nos damos cuenta de que todos somos iguales ante Dios, que Dios no hace distinciones y, si realmente somos trabajadores de la primera hora, deberíamos dar gracias de haber trabajado siempre en la viña del Señor y alegrarnos de que también los últimos han sido llamados y retribuidos igual que los primeros porque la Gracia y la misericordia de Dios no se puede cuantificar, son infinitas.

Y este es el problema que algunos de los que se consideran trabajadores de la primera hora; no terminan de aceptar que somos iguales ante Dios y que su misericordia llega por igual a todos los hombres y se escandalizan cuando el papa Francisco dice algo como esto: «Si alguien es gay, ¿quién soy yo para criticarlo?, se escandalizan como se escandalizaban los fariseos y sacerdotes del Templo cuando aquel Rabí de Galilea se rodeaba de prostitutas y pecadores. Porque no olvidemos que el Maestro dijo: «Misericordia quiero y no sacrificios».

El problema es que muchas veces buscamos a Dios en el lugar equivocado porque queremos encerrarlo en nuestras claves humanas y, a menudo, egoístas. Por eso el profeta nos advierte: **«Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos»** y así, al querer hacer entrar a Dios en nuestros planes y en nuestros caminos, nosotros mismos estamos abocados al fracaso. Tenemos que dejar a Dios ser Dios y, por ello, nos presenta Jesús en la parábola del evangelio cuál es el actuar de Dios.

Jesús nos muestra en esta parábola cómo el actuar de Dios descoloca nuestros criterios humanos. Vemos ese propietario de una viña que comienza a llamar operarios desde la primera hora del día y sigue llamando a diferentes horas, incluso a última hora. Pero tenemos que leer esta parábola no como una descripción de la realidad sino en el contexto del seguimiento de Jesús y de la realidad del Reino de Dios.

Así vemos como el dueño de la viña sale a primera hora a buscar obreros para la viña y acuerda con ellos un salario de un denario al día. Un denario es lo que necesitaba una familia para vivir en un día. A continuación vemos cómo este propietario sigue llamando obreros a diferentes horas, y aquí no se habla de salario, solo dice **«os daré lo que sea justo»**. Llama también a última hora del día. Si lo vemos con criterios humanos, los que han estado esperando todo el día y nadie los ha contratado, no son los más fuertes ni los más aptos para el trabajo, sin embargo también estos son llamados y enviados a la viña.

Llega la hora de pagar los jornales y el dueño ordena al administrador que empiece por los últimos y termine con los primeros. A los del atardecer, a los de mediodía y a los de media mañana les da un denario **«el salario necesario para vivir»**; aquel dueño de la viña quiere que todos puedan vivir, eso es, para él, **«lo que es justo»**, pero los que están desde la primera hora se forjan falsas esperanzas de que ellos recibirán más porque consideran que tienen más méritos, han trabajado *“más”* y se creen con derecho a exigir al dueño de la viña.

Esto es lo que sucede cuando aplicamos nuestros criterios puramente humanos; por eso decía Isaías en la primera lectura: **«Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos»**. La justicia de Dios está fundamentada en la misericordia.

En esta parábola Jesús tiene presente a los fariseos, que se escandalizaban de que fuera con pecadores y hablase del perdón de los pecados. Pero también hoy, los que nos consideramos discípulos de Cristo tenemos que aprender de esta parábola que la misericordia de Dios es igual para todos los hombres y no adoptemos la actitud de estos trabajadores de la primera hora, pues los pobres méritos que podamos esgrimir ante Dios son obra de su Gracia, no de nuestras obras.

El discípulo tiene que ser testigo de la justicia y la misericordia de Dios que hace salir su sol para buenos y malos.